



Andes

ISSN: 0327-1676

saramata@unsa.edu.ar

Universidad Nacional de Salta
Argentina

Núñez Regueiro, M. Clara

LA CASA DIVIDIDA: DINÁMICA DE LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES
NACIONALES EN ESTADOS UNIDOS

Andes, núm. 19, 2008, pp. 29-63

Universidad Nacional de Salta
Salta, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12711815002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA CASA DIVIDIDA: DINÁMICA DE LOS PROCESOS DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES NACIONALES EN ESTADOS UNIDOS¹

M. Clara Núñez Regueiro²

*Una casa no puede sostenerse dividida contra si misma (...)
Yo creo que este gobierno no puede sostenerse permanentemente mitad esclavo y
mitad libre
Yo no espero que la Unión sea disuelta-yo no espero que la casa se caiga-pero si
espero que deje de estar dividida*
Abraham Lincoln³

*Si una nación esta con luchas internas, esa nación no podrá mantenerse en pie. Y si
una familia esta con divisiones internas, esa familia no podrá subsistir. De igual
modo, si Satanás lucha contra si mismo y está dividido, no puede subsistir, y pronto
llegara su fin.*
San Marcos 3:23-27⁴

*(...) los indios y los blancos son falsos rostros atisbando en el espejo, reflejándose
uno sobre el otro.*
-Jean-Jackes Simard, *White Ghosts*⁵

Introducción

En el siglo diecinueve, la planificación de la nación, las agendas comerciales y los proyectos de administración poblacional, funcionaron como estímulos integrales para la formación de identidades colectivas en la nación que se encontraba en proceso de formación. A medida que los arquitectos del estado moderno diseñaron la organización legislativa, económica, distribución del poder y ubicación del país en el mercado mundial, la edificación de una identidad nacional idealizada cobró centralidad en el proyecto. Oficiales de gobierno, empresarios, productores culturales y planificadores urbanos fomentaron una imagen de

¹ Este artículo se escribió en inglés y fue posteriormente traducido al castellano por Marta Tartusi y Victor Núñez Regueiro.

² M.A. Departamento de Estudios Americanos (American Studies) Saint Louis University, St. Louis, Missouri, U.S.A. (Doctorando).

³ Lincoln, Abraham, "House Divided Speech, June 8, 1858," in *Dred Scott V. Sanford: A Brief History with Documents*, ed. Paul Finkelman (Boston & New York: Bedford/St. Martin's, 1997), 185-95. Discurso con motivo de los debates acerca de la disolución del sistema esclavista.

⁴ "Evangelio Según San Marcos," in *Biblia Latinoamericana* (2003), 3:23-27.

⁵ Citado en Trachtenberg, Alan, *Shades of Hiawatha: Staging Indians, Making Americans, 1880-1930* (New York: Hill and Wang, 2004), 3.

Nación que afectó la identidad de distintos sub-grupos, los que variablemente buscaron amoldarse, modificar, o rechazar rotundamente los valores del discurso dominante.

Ya desde hace tiempo, los temas de nación, memoria colectiva e identidad preocupan a los historiadores, críticos culturales y teóricos de memoria colectiva tales como, Benedict Anderson, ciudadano sac-y-fox Anthony Tyeene Clark, Steward Hall, sincangu lakota Edward Valandra, John Bodnar, y otros, quienes proponen que los mitos colectivos sirven a funciones políticas determinadas. Indudablemente, la historia, los recuerdos individuales, los conceptos grupales,⁶ y las prácticas discursivas son compañeros inseparables. Desde este marco teórico, mi trabajo analiza el proceso de formación de identidades colectivas en Estados Unidos y refuta la noción de la identidad grupal como concepto fijo, proponiéndolas, en cambio, como procesos *palimpsesticos* que toman forma y se van modificando en el transcurrir de la historia.⁶ Es decir que, los auto-conceptos colectivos son constantemente reescritos y adaptados a medida que las distintas colectividades que componen la nación van negociando intereses comunes con diversos grupos, en la competencia por recursos como la libertad, supervivencia, poder económico o político, una voz, visibilidad, inclusión, ciudadanía, o el derecho de decidir qué constituye lo *legítimo*. En lugar de intentar definir si las identidades, raciales, regionales, de género, o nacionales son los mejores indicadores de las relaciones inter-grupales en los Estados Unidos, planteo que todos estos auto-conceptos coexisten simultáneamente, interactúan, y se caracterizan por una flexibilidad y fluidez que les permite modificarse mutuamente a medida que los distintos grupos construyen sus percepciones colectivas del *yo/no-yo* a partir de sus experiencias, en oposición a un *Otro*. En este marco los distintos grupos, (aun hoy) viven *la nación* en forma diferente.

Por ejemplo, al acercarse el bicentenario de la campaña militar en busca de una vía acuática continua desde Missouri hasta el océano Pacífico, que encomendara el presidente Thomas Jefferson a Meriwether Lewis y William Clark, George W, Bush realizó una proclamación en Julio del 2002, declarando el período entre el 2003 y el 2006 como “bicentenario oficial de Lewis y Clark” y urgiendo a todos los ciudadanos estadounidenses a celebrar a los exploradores y sus logros.⁷ Claro que esta proclamación hace abstracción de la sistemática violación de tratados, robo de tierras, deportación, y atentado genocidio, tanto físico como cultural de las poblaciones indígenas, como resultado de lo que ahora se conoce como el *Viaje de Descubrimientos* de Lewis y Clark.⁸ La conmemoración cobró dimensiones casi mitológicas en la retórica oficial al tiempo que se convertía en escenario de concurso y lucha, con el aporte de audiencias que protestaban contra las políticas colonialistas que enmarcaron la expedición y continúan siendo sentidas entre las *naciones indias*.

⁶ Se presentó una versión anterior de este trabajo en la mesa temática “Procesos socio-étnicos y movimientos migratorios” de las jornadas *Experiencias de la Diversidad*, en la Universidad Nacional de Rosario en el 2006 pero no fue publicado dado que no bubo tiempo de traducirlo para su publicación. Se presentó una versión resumida del mismo en el VIII CAA (Congreso de Antropología Argentina) en Salta, 2006.

⁷ Bush, George W. *Lewis and Clark Bicentennial (a Proclamation)* (July 1, 2002 2006]; available from <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/07/print/20020701-5.html>. [My emphasis].

⁸ Acerca del debate del holocausto indígena, el historiador cherokee Russell Thornton sostiene que el término más apropiado para describir la historia Americana post-1492 es colonialismo, al que define como “la imposición deliberada de la forma de vida de un pueblo a otro pueblo” e indica que “la creación de reservas, internados educativos, revocación a aéreas urbanas, supresión de lenguajes indios, y la prevención de prácticas religiosas constituyen *etnocidio cultural*”. Ver Thornton, Russell “Native American Demographic and Tribal Survival into the Twenty-First Century,” *Indigenous Studies Today: An International Journal* no. 1 (Fall 2005/Spring 2006): 32-3.

Estimo oportuno aquí, realizar unas breves acotaciones metodológicas. A pesar de que los procesos de *racialización* son discursivos e históricamente inscriptos, en Estados Unidos el concepto de raza fue, y continua siendo, un fundamental escenario de competencia y concurso. Tanto opresores como oprimidos continúan movilizando la noción de raza alternativamente como método de cohesión social, inclusión o exclusión. Su importancia a nivel cognitivo, por lo tanto, exige la utilización de categorías raciales, aun cuando sabemos que estas son construcciones sociales.

Claramente, cualquier instancia de denominación de grupos acarrea inherentemente, el riesgo de homogeneizar poblaciones que no necesariamente comparten la misma identidad o memoria colectiva y por lo tanto, desarrollaron distintas tácticas de auto-concepción. Si bien algunas etnias se auto-denominan *pueblos nativos* especialmente en Canadá, *pueblos originarios* en el lingo académico de América Latina, o *americanos nativos*, según la convención, generalmente no-india de Estados Unidos, muchas colectividades indígenas tienen visiones diferentes. Por ejemplo la posición entre muchos de los osages, con quienes trabajo, es que, como me dijera un individuo durante una de mis visitas a la reserva en Pawhuska, Oklahoma:

Aquí todo es indio, las cosas se mueven a velocidad india, la comida es india, nosotros somos indios. Ahora el hombre blanco nos pide, después de 500 años de llamarnos indios, que nos acostumbremos a palabras políticamente correctas que los ayudan a aliviar su conciencia. La palabra indio tiene para nosotros un significado especial: significa nuestra unión, la imposición de una cultura ajena, y nuestra fuerza de supervivencia. No traten de sacarnos eso también.⁹

Dada la variedad de posiciones teóricas referentes a este tema, es imposible arribar a un acuerdo acerca de cuál es la terminología correcta para referirse a pueblos cuya historia en las Américas se remonta hasta antes de la llegada de los europeos. Conjuntamente, los mismos autores indígenas en Estados Unidos rechazan el uso de una terminología igualitaria sobre la base de que esta práctica tiende a borrar importantes diferencias históricas, culturales y políticas y a minimizar el énfasis de cada pueblo tribal, en la lucha por afirmar su ciudadanía particular y demandar que se respeten los tratados federales con cada uno de ellos.¹⁰ Sugieren, por lo tanto, que la denominación de estas naciones estadounidenses debe hacer hincapié en la ciudadanía de cada uno de estos pueblos, mediante términos como por ejemplo cherokee-americano, lakota-americano, iroquois-americano, etc. En algunos casos sin embargo, me refiero a temas que afectan las distintas naciones indias de una u otra manera, lo que hace que la elección consiente de un vocablo sobre otro sea necesaria en este trabajo. Teniendo esto en cuenta, respondiendo a las exigencias de estos autores, y atendiendo a las voces de aquellos con quienes trabajo personalmente (los osages), aquí empleo la palabra *indio* o *indígena*.

Indudablemente toda selección bibliográfica esta relacionada con un marco teórico determinado. Independientemente, he limitado esta selección a bibliografía sobre el tema que

⁹ Núñez Regueiro, María Clara, entrevista a un individuo anónimo, Pawhuska, Oklahoma, USA., Junio 2003.

¹⁰ Ver, por ejemplo, Cobb, Amanda J. "Understanding Tribal Sovereignty: Definitions, Conceptualizations, and Interpretations," *Indigenous Studies Today*, no. 1 (Fall 2005/Spring 2006): 115-32, D. Clark, Anthony Tyeeme and Norman R. Yetman, "Indigeneity at the Crossroads of American Studies," *Indigenous Studies Today: An International Journal*, no. 1 (Fall 2005/Spring 2006): 7-21, Valandra, Edward C. "National Coexistence Is Our Bull Durham: Revisiting 'the Indian Today,'" *Indigenous Studies Today*, no. 1 (Fall 2005/Spring 2006): 59-76.

se maneja actualmente en los Estados Unidos, que muestran un importante movimiento revisionista a nivel mundial aclarando que, de ninguna manera pretendo haber tratado el tema en forma acabada y mucho menos a nivel ecuménico.

Colonia y Revolución

Las colonias sureñas de Virginia, las Carolinas y Georgia, donde existía el sistema agrícola de plantaciones de tabaco, índigo, y en menor medida, azúcar, acreditaban dos tercios de la producción colonial anterior a 1772. El capitalismo de plantaciones de ese entonces formaba una parte importante de la economía colonial, lo que iría cambiando progresivamente al acercarse la guerra de secesión a mediados del siglo diecinueve. A diferencia del sistema esclavista posterior a la independencia, la demografía de la población esclava colonial era mayormente india, característica que cambiaría más tarde al verse reducidas las poblaciones indígenas a causa de las enfermedades europeas y de la resistencia bélica.

Confirmando el viejo adagio de que a la historia la escriben los ganadores, el tratamiento de la esclavitud en lo que sería eventualmente el territorio estadounidense de la pos-independencia, no comienza en la historiografía de Estados Unidos hasta la llegada de los ingleses a la cuenca del río James. La información acerca de la esclavitud indígena en Estados Unidos por lo tanto es escasa. Para el incrédulo, sin embargo, el que los españoles que ocuparon el territorio antes que los ingleses hayan seguido la práctica de traficar en esclavos indios al ver que los recursos minerales lucrativos eran limitados; considerando también la importancia de los esclavos para la posterior economía colonial inglesa, y dado asimismo, que la proporción de sirvientes traídos de Europa fue relativamente pequeña, la ausencia de una historia de la esclavitud indígena en EEUU seguramente resulta sospechosa. De hecho, el historiador James Merrel propone que en realidad existe suficiente evidencia de una importante presencia de esclavos indígenas en Nueva Inglaterra, las colonias medias, e incluso más fuerte en la bahía Chesapeake entre los siglos diecisiete y diecinueve.¹¹ En esas colonias, personajes históricos bastante bien conocidos como el *mayor* y el *junior* William Byrd, quienes actuaron como agentes en asuntos indígenas, tomaron provecho del tráfico de esclavos indios. Posteriormente hubo una substancial intersección étnica en la población esclava de las plantaciones coloniales resultante de una mayoría que eran mujeres indias y una minoría constituida por hombres africanos. Los africanos, blancos, e indios se han entremezclado y afectado recíprocamente la cultura e identidad de los otros durante centurias en los territorios que se convertirían en los Estados Unidos al esbozarse la nación-estado, y en el Viejo Sur al definirse las regiones nacionales.

Durante la larga etapa colonial, los ingleses, españoles y franceses compitieron por tierras con motivaciones diversas. No solo se encontraban las colonias aisladas y carentes de un gobierno central propio, ya que estaban al servicio de los intereses de las respectivas coronas, sino que cada cultura colonizadora disponía de la apropiación de tierra y recursos de diferentes maneras, cada una siguiendo los objetivos delineados por su monarquía respectiva.¹² Los franceses comerciaron en pieles. Por lo tanto, les convenía que los indios

¹¹ Merrell, James H., "Some Thoughts on Colonial Historians and American Indians," *William Mary Quarterly* 3rd. series, no. 46 (1989): 102-10. Ver también Wright, Leitch Jr., *The Only Land They Knew: American Indians in the Old South* (Lincoln & London: University of Nebraska Press, 1999).

¹² Fausz, Frederick, "Anglo-Indian Aggression and Accommodation Along the Mid-Atlantic Coast, 1584-1634," en *Cultures in Contact: The Impact of European Contacts on Native American Cultural Institutions, A.D. 1000-1800*, ed. William W. Fitzhugh (Washington and London: Smithsonian Institution Press, 1985), 225-55.

mantuvieran sus formas culturales tradicionales, incluyendo sus habilidades para la caza y su conocimiento geográfico, ya que esto proporcionaría las pieles necesarias para los intereses económicos franceses. Los españoles, por otro lado, deseaban oro y al no encontrarlo en el norte, traficaron en esclavos y obligaron los que no vendían a convertirse al catolicismo para hacerlos más fáciles de manejar, gobernándolos con mano dura y eliminando a los que se oponían. Los ingleses se dividían en dos grupos: por un lado, los representantes de la London Tobacco Company deseaba tierras para sus plantaciones y utilizaba esclavos nativos para sus extensos cultivos de tabaco. Por otro lado, los colonos cristianizadores evangelistas intentaron, por lo menos hasta la masacre de muchos ingleses en 1622, de llevarse relativamente bien con los indios dado que dependían de sus contribuciones y enseñanzas agrícolas. Especialmente para el primer grupo, una frontera siempre móvil dividía el este *civilizado* del oeste *salvaje*.

Durante la guerra revolucionaria, tanto indios como ingleses utilizaron a su favor, el conocimiento que tenían unos del otro. Los indios aprovecharon el interés europeo en pieles y oro para enviarlos a tierras donde vivían sus enemigos tribales. Los europeos emplearon su conocimiento de las animosidades inter-tribales para acrecentar las enemistades entre las tribus y así prevenir la resistencia indígena consolidada. Según lo explica Collin Calloway, para los indios, la guerra por la independencia norteamericana solo continuó un interminable conflicto sobre los derechos a la tierra en el territorio oriental y noroccidental (territorio de Ohio).¹³ Las tierras indígenas del este, ocupadas por las trece colonias que se unirían para declarar la independencia de Inglaterra, fueron una arena de intercambio cultural en el cual los indios, africanos y europeos se adaptaron a nuevos lugares y gentes en una historia entrelazada de inter-matrimonio, co-esclavitud de africanos e indios, esclavos negros fugitivos que fueron adoptados por grupos indígenas, comunidades franco-indígenas que permanecieron mucho después de su desintegración de Nueva Francia, etcétera. Algunos grupos indígenas utilizaron estrategias de acomodamiento para sobrevivir mientras que otros confrontaron a los europeos, especialmente aquellos que vivían cerca de los pueblos coloniales.

El rostro nacional

A pesar que este trabajo examina la formación de identidades durante el siglo diecinueve, vale la pena explorar los principios-guía que rigieron los pensadores de la etapa revolucionaria a fines del siglo dieciocho, ya que estos valores influenciarían las acciones y el pensamiento de la clase dominante para la construcción del estado. Como indica Ronald Takaki, la retórica que emplearon los líderes revolucionarios para movilizar a los colonos contra la corona fue la denuncia del rey como lujurioso, licencioso y dado a los placeres vanos.¹⁴ Para el bien de la república, el aborrecido riesgo implícito en el lujo era su inevitable poder de tentar a los hombres a abandonarse a la inclinación natural por las pasiones mundanas, agotándolos de sus energías masculinas y dejándolos moral y físicamente “afeminados y débiles”.¹⁵ La caracterización que desdibujaba a la corona fue la estrategia que ayudó a los revolucionarios a construir a los ingleses como el enemigo, el *Otro*. Es decir, fue una imagen que permitió a los líderes americanos del momento, afirmar como imaginar la nación que pretendían crear. En severa oposición a la imagen disipada del monarca, los

¹³ Calloway, Collin, *The American Revolution in Indian Country: Crisis and Diversity in Native American Communities* (New York: Cambridge University Press, 1995).

¹⁴ Takaki, Ronald, *Iron Cages: Race and Culture in 19th-Century America* (New York: Oxford University Press, 2000), 4-30.

¹⁵ Ibid., 4-5.

estadounidenses debían ser virtuosos: mantenerse alejados del espíritu decadente del viejo mundo, controlar las pasiones y los excesos, practicar un republicanismo virtuoso, adherirse al contrato social y fortalecer el control y gobierno de si mismos. La intención era la separación ideológica y psicológica viejo orden europeo.

Parte del modelo para el exceptionalismo norteamericano incluía el establecimiento de nuevos sistemas de pesas y medidas, lo cual está contemplado en la constitución de Estados Unidos, e incluso la creación de una nueva lengua.¹⁶ En 1789, Noah Webster apoyó el establecimiento de una “lengua Americana” en un trabajo escrito. Su artículo hace saliente los conceptos del progreso, la nación, y la civilización, convirtiendo a la lengua en un equivalente a la nacionalidad.¹⁷ La lengua cobraría aún más importancia en la última parte del siglo diecinueve como parte de las políticas indigenistas, ya que la eliminación de lenguas indígenas se convirtió en un componente prioritario y obligatorio de la educación occidental para niños indios. El Capitán Richard Pratt diseñó y lideró este proyecto.¹⁸

De manera que el plan revolucionario avanzó una ideología que definitivamente separaría a la nueva república del sistema feudal europeo, a la vez proporcionando la superestructura cultural para “un nuevo orden burgués”.¹⁹ Estas premisas tendrían implicaciones significativas y duraderas para el posterior discurso racial en los Estados Unidos. Dentro de los muchos ideólogos y participantes revolucionarios, cabe aquí mencionar con especial atención a dos personajes en particular, ambos firmantes de la declaración de la independencia. El primero porque como médico, escritor y conferencista influenció la forma en que la gente internalizaría los conceptos de raza, salud y *diferencias*. El segundo, porque su visión sobre el desarrollo de la agricultura y el poder del comercio lideraron la compra del territorio de Louisiana y marcaron el comienzo de la expansión hacia el oeste para los Estados Unidos.

La teoría del Dr. Benjamin Rush, que la *negritud* se trataba de una variedad leprosa que era contagiosa pero curable mediante el trabajo al sol y el aislamiento de los pacientes, tuvo gran aceptación entre sus contemporáneos blancos. Rush presentó *evidencia* de los peligros de la miscegenación. Según sus informes, sus pacientes blancas, casadas con maridos negros, eventualmente presentaban indicios de contagio como ser un oscurecimiento de la piel, hinchazón de los labios, y ensanchamiento de la nariz.²⁰ Su falta de *evidencia* de un contagio similar para los casos de hombres blancos que forzaban sexualmente a las mujeres negras resulta, para el lector de hoy, conspicua. Al mismo tiempo, esta ausencia sugiere de alguna manera, el aspecto patriarcal y la retórica de *protección* de la virtud femenina blanca inherente al discurso racista.

¹⁶ Ver la Constitución de Estados Unidos o “We, the People of the United States, in Order to Form a more perfect union”, Library of Congress, *American Memory* (Library of Congress). El artículo I, sección 8 indica que el gobierno de U.S.A. tiene el derecho de “acuñar el dinero, regular su valor y el de la moneda extranjera, y fijar el estándar de pesas y de medidas”.

¹⁷ Webster, Noah, “An Essay on the Necessity, Advantages, and Practicality of Reforming the Mode of Spelling and of Rendering the Orthography of Words Correspondent to Pronunciation,” en *Dissertations on the English Language: With Notes, Historical and Critical, to Which is Added, by Way of Appendix, an Essay on a Reformed Mode of Spelling, with Dr. Franklin’s Arguments on That Subject* (Boston: San Diego State University, College of Education, 1789).

¹⁸ Pratt, Richard, *Battlefields and Classrooms: Four Decades with the American Indian, 1867-1904*, ed. Robert M. Utley (Norman, OK: University of Oklahoma Press, 1964).

¹⁹ Takaki, *Iron Cages*, 5-11. Ver también Trachtenberg, Alan, *The Incorporation of America: Culture and Society in the Gilded Age* (New York: Hill and Wang, 1982).

²⁰ Ibid.

Al mismo tiempo, Thomas Jefferson, quien redactó el preámbulo de la constitución, fue el actor que lideró la compra del territorio de Louisiana a Francia, posibilitando así la expansión territorial y nacionalizando la usurpación de tierras indias. Este sería un instrumento de realización de su sueño de un Estados Unidos agrario. Takaki bien indica que los asilos para enfermos establecidos por Rush constituyeron la institución donde los hombres podrían ser reformados, mientras que el ideal agrario de Jefferson aportó el ambiente físico donde la gente podría abandonar los odiosos vestigios del viejo mundo, convirtiéndose, en el proceso, en *americanos*.²¹

La independencia del yugo de la corona británica había liberado el capitalismo en Estados Unidos mediante la eliminación de interferencias autoritarias externas, abriendo así un sinnúmero de oportunidades comerciales para los empresarios estadounidenses. Ahora, el definir quienes eran los americanos y cuáles eran las características deseables del ciudadano ideal era tan importante como cualquier otro aspecto de la arquitectura nacional. En 1776, el revolucionario Thomas Paine expresó que, “tenemos toda la oportunidad y todo el ánimo ante nosotros, para formar la mas noble y pura creación sobre la faz de la tierra. Tenemos el poder de comenzar el mundo nuevamente”.²² Por su parte, en *Cartas de un Granjero Americano*, Hector St. John de Crèvecoeur lo planteó de la siguiente manera:

*¿Qué es entonces el americano, este hombre nuevo? No es ni europeo ni descendiente de un europeo: de allí esa extraña mezcla de sangre que no hallarán en ningún otro país. Es un americano, quien, dejando atrás todos sus antiguos prejuicios y modales, recibe uno nuevos de las nuevas formas de vida que ha abrazado, el nuevo gobierno al que obedece, y la nueva posición que ocupa. Se convierte en americano al ser recibido en el amplio regazo de nuestra gran alma mater. Aquí los individuos de todas las naciones se derriten dentro de una nueva raza de hombres.*²³

La nueva república se apoyó sobre una mitología *del hombre americano* (no de la mujer): la de un continente virgen conquistado por la virtud y el duro trabajo del hombre europeo e ideas y actitudes determinadas hacia los negros, indios e inmigrantes, las que fueron cambiando paralelamente a la agenda política de una expansión industrial capitalista.²⁴ Como sugiere V. Woodward, “cualquier grupo auto-consiente, sin importar su tamaño, fabrica mitos sobre su pasado, sus orígenes, sus misión, sus derechos, su benevolencia y su superioridad general”.²⁵ Los pensadores del siglo diecinueve descansaron los mitos republicanos sobre nociones *normatizadoras* acerca del género, el salvajismo, el progreso, la civilización, la virtud, y la raza, que se convertirían en elementos cardinales de la identidad colectiva que los diseñadores nacionales pretendieron difundir.

²¹ Ibid.

²² Paine, Thomas, "Appendix," en *Common Sense* (Philadelphia: Bradford, 1776), párrafo 21.

²³ Crèvecoeur, Hector St. John De, *Letters from an American Farmer*, reprint ed. (New York: Oxford University Press, 1999), 43-4.

²⁴ Para una lectura canónica de la teoría del mito del Adán Americano ver Lewis, R. W. B., *The American Adam: Innocence, Tragedy, and Tradition in the Nineteenth Century* (Chicago: The University of Chicago Press, 1955).

²⁵ Woodward, C. Vann, *The Burden of Southern History*, 3rd ed. (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1993), 12. Ver también Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds., *The Invention of Tradition* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000). Para el caso específico de la Argentina, ver Shumway, Nicolas, *The Invention of Argentina* (Berkeley and Los Angeles: The University of California Press, 1991). Dussel estudia el caso para las Américas en Dussel, Enrique, *The Invention of the Americas: Eclipse of the Other' and the Myth of Modernity*, trans. Michel D. Barber (New York: Continuum, 1995).

Las percepciones sobre los no europeos se fueron modificando en la medida en que se ajustaron a un plan nacional cambiante mientras las clases dirigentes lidiaban con las ansiedades que provocó su proximidad con los grupos *racializados*. Roy Harvey Pearce nos comenta que hacia la mitad del siglo diecinueve, las opiniones anteriores sobre indios como salvajes *brutales* se transformaron hacia otra visión que los mostraba como *nobles salvajes*, y finalmente hacia la metáfora de la *raza desvaneciente* de finales de siglo y principios del siglo veinte.²⁶ Al construir estas representaciones de la *otredad*, los blancos se estaban autodefiniendo como grupo sin raza.²⁷ Es decir, la blancura era la norma, invisible y universal, y lo demás era raza. El *destino manifiesto* euro-americano justificaba la apropiación de tierras y recursos indígenas interpretándolos como que se encontraban, salvajes, para ser domados por los blancos.²⁸

En la segunda mitad del siglo, las imágenes de la *raza desvaneciente*, ubicadas estratégicamente en establecimientos comerciales, obras teatrales y literatura romántica popular de la época, sirvieron como instrumento educativo para que los inmigrantes aprendieran acerca del *ser americano*: un evangelista blanco que había sabido adoptar rasgos valiosos de la cultura indígena tales como el valor y la nobleza de carácter de los *nobles salvajes*, diferenciándose así de los europeos.²⁹ Basados sobre esta construcción abstracta, el advenimiento de la fotografía y con posterioridad las películas animadas, apoyaron este discurso en función de hacer combinar el nacionalismo, patriotismo, legado indio y capitalismo, dentro de una sola noción semiótica (ahora visual) de lo “americano”. Ya que podía ser aprendida, como bien observa Alan Trachtenberg, la *nacionalidad* se trataba en realidad de una puesta en escena, un acto creativo.³⁰

Tierras y expansión

La joven nación recibió el siglo diecinueve con una monumental tarea por realizar: la de organizar y consolidar la república de acuerdo con los ideales delineados durante la revolución y la de expandir el territorio nacional. La identidad nacional todavía no se había desarrollado desde que la población carecía de una historia compartida.³¹ Las trece colonias se habían asociado para declarar la independencia de Inglaterra pero no se auto-percibían como nación unificada. Se declaraban, en cambio, trece estados independientes cuya unión para ciertos fines específicos constituía los Estados Unidos de América. De hecho, el lenguaje del Tratado de París de 1793, que reconoce finalmente la independencia de Estados Unidos y reparte los territorios de América del Norte, no solo utiliza la terminología “los trece estados”

²⁶ Pearce, Roy Harvey, *Savagism and Civilization: A Study of the Indian and the American Mind* (Berkley and Los Angeles: University of California Press, 1988).

²⁷ Existen excelentes monografías que apuntan a la discusión de la *blanquez* como categoría racial en Fusco, Coco y Brian Wallis, eds., *Only Skin Deep: Changing Visions of the American Self* (New York: Harry N. Abrams, 2003).

²⁸ Para un mayor tratamiento del origen y concepto de la noción de *destino manifiesto* ver Pratt, Julius W., "The Origin of 'Manifest Destiny,'" *The American Historical Review* 32, no. 4 (July 1927): 795-8.

²⁹ Ver Trachtenberg, *Shades of Hiawatha*.

³⁰ Ver Ibid. Evidentemente este aprendizaje fue rechazado y en muchos casos subvertido activamente por grupos diversos. Ver por ejemplo Anbinder, Tyler, *Five Points: The 19th-Century New York City Neighborhood That Invented Tap Dance, Stole Elections, and Became the World's Most Notorious Slum* (New York: Free Press, 2001); Bodnar, John, *The Transplanted: A History of Immigrants in Urban America*, reprint ed. (Bloomington: Indiana University Press, 1987); Sanchez, George J., *Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945* (New York: Oxford University Press, 1993).

³¹ Gilman, Carolyn, *Lewis and Clark: Across the Divide* (Washington and London: The Smithsonian Institution Press, 2003), 61.

sino que los menciona individualmente reconociendo, explícitamente, el carácter autónomo de cada uno de ellos.³²

Meses antes que se efectuara la compra del territorio de Louisiana en abril de 1803, el Presidente Thomas Jefferson había compartido con las dos cámaras del Congreso, su visión de un Estados Unidos en expansión poblacional y agraria, la que se podría cumplir haciéndoles ver a los indios, “la sabiduría del intercambiar lo que ellos tienen de sobra y nosotros queremos [tierras] por lo que a nosotros nos sobra [implementos y baratijas] y ellos quieren”.³³ El Presidente despacharía a un “Cuerpo de Descubrimientos” con dos objetivos fundamentales: encontrar las vías acuáticas de comunicación que conectaran el Río Missouri con el Océano Pacífico “con propósitos comerciales” y aprender todo lo posible acerca de las tribus que habitaran el territorio por ellos desconocido.³⁴ Con un módico presupuesto de \$US 2.500 el estado podría costear la expedición de dos años que proporcionaría la valiosa información necesaria para diseñar la mejor estrategia para *convencer* a los distintos pueblos indígenas de que les convenía abandonar “la casería y sus extensos bosques” y adoptar una vida *civilizada* “por su propio bien”.³⁵ Aunque el cuerpo de expedicionarios nunca encontró el elusivo pasaje acuático hacia el Pacífico (dado que no existía), las muestras y prodigiosas anotaciones botánicas y minerales que los exploradores enviaron al presidente fueron de gran valor. Confirmaron la riqueza natural del territorio recientemente incorporado y afianzaron la idea expansionista de una república que ya no se detendría en su avance territorial.³⁶ Sobre la base de la recolección de datos etnográficos de la expedición se elaboró el plan de aculturación de las poblaciones indígenas del oeste.

La actitud del presidente hacia los indios resulta clara. Sentía la fascinación fetichista del típico coleccionista del siglo diecinueve, la misma obsesión con coleccionar y atrapar mediante las colecciones etnográficas y naturistas, aquello que de otra manera no se podía poseer todavía. El fetichismo de Jefferson era más el interés *voyeurístico* de quien mira lo exótico como visitando un país nuevo. Para él y sus contemporáneos blancos, los indios y los negros eran en cierta medida sub-humanos y, por lo tanto, no eran merecedores de los mismos valores morales aplicables a la sociedad (blanca) dominante de la época. Además, el interés en recopilar los datos etnográficos que enviaran los expedicionarios Lewis y Clark obedecía a la imperativa practicísima de trazar la estrategia más adecuada para conseguir las tierras que al gobierno le interesaban, como lo admitió el mismo Jefferson en su discurso ante el Congreso.³⁷ La legalización de la intolerancia a la diversidad nace en ese momento. La fascinación con lo indígena, reflejada claramente en las colecciones de los museos de historia natural y de antropología del siglo diecinueve, se vería más manifiestamente plasmada en la última década del siglo, momento en que se difunde la imagen del indio noble que se

³² Ver el Tratado de Paris o His Majesty King George III and the United States of America, "The Definitive Treaty of Peace 1783 in the Name of the Most Holy and Undivided Trinity or the Paris Peace Treaty of September 3, 1783," (The Avalon Project de Yale Law School, 1996), <http://www.yale.edu/lawweb/avalon/kanneb.html>.

³³ Jefferson, Thomas, "To the Senate and House of Representatives of the United States," (Washington, D.C.: Library of Congress, Jan. 18th, 1803).

³⁴ Jefferson, Thomas, "To Meriwether Lewis," en *The Thomas Jefferson Papers Series 1. General Correspondence, 1651-1827* (Washington, D.C.: The Thomas Jefferson Papers. General Correspondence, 1651-1827. Library of Congress, June 20, 1803).

³⁵ Jefferson, "To the Senate."

³⁶ Los trece volúmenes de los diarios de la expedición de Lewis y Clark, publicados por la University of Nebraska Press, se encuentran actualmente editados en Moulton, Gary E., ed., *The Lewis and Clark Journals: An American Epic of Discovery* (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2004)).

³⁷ Ver Jefferson, "To the Senate."

adoptaría como símbolo nacional.³⁸ No es coincidencia que el último grupo de resistencia indígena fuera aniquilado en diciembre de 1890 en la masacre de Wounded Knee.³⁹ Neutralizada la resistencia india armada, los angloamericanos tenían ahora libertad para apropiar la imagen nostálgica de la *raza desvaneciente* como elemento diferenciador del viejo mundo. Esto tiene un inmenso valor para ayudar a entender más allá de la crónica histórica, como las actitudes en contra de los indios influenciaron las relaciones inter-étnicas en Estados Unidos al esbozarse el siglo.

A partir de la compra de Louisiana y de la travesía de Lewis y Clark, el traslado de las tribus del este hacia el oeste del Mississippi se convirtió en una opción viable para lograr la expansión territorial. La política de mediación federal mínima en los problemas entre los indios y los granjeros euro-americanos, quienes fueron paulatinamente invadiendo las tierras de los nuevos territorios, forzaron a los indios a luchar para proteger sus tierras y sus pueblos, lo que proporcionó al estado federal, la justificación legal que necesitaba para interferir y neutralizar el problema a favor de los blancos.

Organización territorial

Como vimos, desde el comienzo Estados Unidos estuvo interesado en reclamar tierras indígenas para expandir las fronteras nacionales. Una mirada a cómo la nación desarrolló su legislación referente a la administración de poblaciones, ayuda al examen de la metodología gubernamental para expropiar recursos de diversos grupos étnicos, ya fueran tierras o trabajo. El desarrollo de la legislación para administrar la remoción, traslado y ciudadanía indígenas así como la esclavitud, organización de nuevos territorios y emancipación, estuvieron siempre entrelazados y revelan un proyecto de administración de poblaciones bastante claro cuando se lo estudia conjuntamente. Por ejemplo, el Acta de Esclavos Fugitivos de 1793 afectó por igual a los indios y a los esclavos africanos.⁴⁰ Asimismo, la Ordenanza Noroccidental que prohíbe la esclavitud en los territorios al norte y al oeste del río Ohio, también aseguró que los indios perdieran una gran porción de sus tierras, y legalizó la posibilidad de entablar conflictos armados en su contra:

(...) y deberá proceder de tiempo en tiempo, de acuerdo a como las circunstancias lo requieran, a bosquejar las partes del distrito en el cual los títulos indios se hayan extinguido (...) Deberá observarse la más extrema buena fe hacia los indios; sus tierras y propiedades nunca deben ser tomadas de ellos sin su consentimiento; y en su propiedad, derechos, y libertad, ellos nunca deberán ser invadidos o perturbados, a menos que sea en guerras justas y legales autorizadas por el Congreso [el énfasis es mío].⁴¹

³⁸ Ver Berkhofer, Robert Jr., *The White Man's Indian: Images of the American Indians from Columbus to the Present* (New York: Vintage Books, 1979); Trachtenberg, *Shades of Hiawatha*.

³⁹ Para mas información acerca de esta masacre y de la historia de conflictos entre indios y blancos en el siglo diecinueve, ver Ostler, Jeffrey, *The Plains Sioux and U.S. Colonialism from Lewis and Clark to Wounded Knee* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004).

⁴⁰ "The Constitution of the United States, with the Acts of Congress, Relating to Slavery," The Frederick Douglass Papers (Library of Congress, 1793).

⁴¹ "Northwest Ordinance" o Continental Congress and the Constitutional Confederation, "An Ordinance for the Government of the Territory of the United States, North-West of the River Ohio," (National Archives and Records Administration, July 13, 1787). Microfilm M332, rollo 9), Record Group 360, <http://www.ourdocuments.gov>.

De manera similar, el Acta “Kansas-Nebraska”, contenía provisiones que regulaban tanto la esclavitud como asuntos indígenas y territoriales.⁴² Estas regulaciones afectaban igualmente a indios y negros no sólo en lo referente a la administración de grupos raciales específicos, sino también porque que muchos “sangre mezclada” eran hijos de india/os casada/o/s con africano/as que vivían en las plantaciones esclavistas y también porque muchos esclavos fugitivos fueron acogidos por tribus indígenas. Mientras tanto, el famoso caso Dred Scott, que fuera decidido solo un año antes del surgimiento del partido Republicano, cuyo objetivo era detener la expansión de la esclavitud hacia el oeste, ganó la atención nacional y se convirtió en un emblema del sectorismo y las pasiones regionales tanto del Norte como del Sur.⁴³ Al mismo tiempo que Scott y el tema de la esclavitud ocupaban un lugar importantísimo en el debate político y popular de la década de 1850, el gobierno de E.E.U.U. se encontraba peleando las guerras contra los indios seminole de la Florida.

La primera Guerra organizada contra los seminoles transcurrió entre 1817 y 1818. Los seminoles recibieron el apoyo de esclavos fugitivos que encontraron protección y habían vivido entre los seminoles durante años. La presencia de los fugitivos negros encorazonó a los granjeros blancos acrecentando así, su deseo de eliminar a los seminoles. En 1818, EEUU adquirió más tierras cuando, motivadas en parte por la costumbre seminole de proteger a los esclavos negros, las tropas de Jackson invadieron la Florida española. Jackson forzó a un pequeño grupo de ellos a firmar un tratado de remoción en 1833 pero la mayoría de la tribu se negó a reconocerlo, declarándolo ilegítimo y negándose a abandonar sus tierras ancestrales. Se conoce como “La Segunda Guerra Seminole” a la lucha que resultaría de esta resistencia, la que duró desde 1835 a 1842. Al igual que durante la primera guerra seminole, muchos esclavos fugitivos pelearon junto a los seminoles, quienes los habían abrigado. Estas confrontaciones reclamaron miles de vidas. Los seminole que sobrevivieron tuvieron que defenderse en lo que sería “La Tercera Guerra Seminole” entre 1855 y 1858. El gobierno finalmente pagó a los sobrevivientes para que se trasladaran.⁴⁴

Es evidente por lo tanto, que la problemática indígena y esclavista en el siglo diecinueve fueron coexistentes. Por lo tanto, ignorar la conexión entre las políticas gubernamentales, los esclavos y los indios al tratar el tema de formación de identidades sería sobre-simplificar no sólo la historia étnica y de la esclavitud, sino también el análisis de los procesos de creación de memoria y auto-conceptos colectivos en Estados Unidos.

Imágenes en el espejo: Sur y Norte

Divisiones regionales y guerra civil

Distintos grupos de intereses contrastantes viven la historia de maneras diferentes y por lo tanto, como dice Woodward “una historia común no necesariamente significa una experiencia común ni uniformidad de carácter”.⁴⁵ La Guerra Civil y la posterior

⁴² "An Act to Organize the Territories of Nebraska and Kansas," en *The Avalon Project*.

⁴³ Finkelman, Paul, *Dred Scott V. Sanford: A Brief History with Documents* (Boston & New York: Bedford/St. Martin's, 1997), 45.

⁴⁴ Ver Wallace, Anthony F. C. *The Long, Bitter Trail: Andrew Jackson and the Indians* (New York: Hill & Wang, 1993).

⁴⁵ Woodward, *The Burden of Southern History*, xii-xv.

Reconstrucción, no les tocó homogéneamente al victorioso Norte y el derrotado Sur, quien percibiendo que el gobierno nacional (norteño) eventualmente aboliría la esclavitud en toda la extensión de los territorios nacionales, buscó separarse de la Unión para poder así conservar su sistema esclavista. Mientras el norte persiguió un capitalismo industrial, el sur aún permanecía inmerso en un sueño feudal del que no deseaba despertar, cada vez más criticado en el escenario internacional. Dado que las actividades editoriales y literarias estaban concentradas en el Norte, la región representó el estándar nacional mientras el Oeste y el Sur se convirtieron en *Otros* regionales.

Al mirar al sur, el norte encontró imágenes de si mismo en negativo, lo que tal vez explique porqué las más ampliamente leídas novelas que describían la vida en el sur fuesen todas de autoría norteña y se tratase de escritores que nunca habían visitado la región, como ser Herman Melville (*Clarel, Moby Dick*), Henry Adams (*Democracia*) y Henry James (*Los Bostonianos*). Como bien indica Woodward, ambas, sur y norte, construyeron su identidad regional estereotipando qué caracterizaba cada cultura y revirtiendo entonces la regla creando así cada región, su propia abstracción.⁴⁶ El norte se asoció con la abundancia, el éxito, la inocencia, el comercio, la urbanización, y el progreso. Pero en el sur la experiencia de la esclavitud y la derrota militar crearon una visión particular del mundo y una relación con la nación que eran distintivas.⁴⁷ Ellos fueron los vencidos, los que perdieron la forma de vida que habían idolatrado así como la riqueza económica que era fruto de la esclavitud, y fueron también los receptores de políticas norteñas punitivas. Los historiadores del sur acuerdan que la distinción e identidad sureñas vienen de un sentido compartido del pasado, más o menos parejo, y de la memoria colectiva de la guerra y la reconstrucción. Si bien considero que esta observación es acertada en el sentido de que el sur evidentemente tuvo una experiencia muy diferente a la del norte, es ilógico pensar que los negros e indios de la región vivieron la guerra y la posterior emancipación de la misma manera que los sureños blancos.

Es interesante ver también aquí, al examinar los procesos de desarrollo de identidades regionales, la completa ausencia de trabajos que investiguen el aspecto indígena, como si en el sur los indios nunca hubiesen existido. La falta de investigación que examine las experiencias indígenas en el contexto de la cultura sureña, se torna nuevamente sobresaliente y revela una vez más, la discursiva separatista que hasta el día de hoy tiende a olvidar los millones de personas que hoy en día constituyen la población indígena estadounidense, habiéndose registrado más de cuatro millones de votos indios en las elecciones presidenciales del 2004. Lamentablemente, esta actitud excluyente desperdicia una excelente oportunidad de estudiar la complejidad de la formación de identidades en la región. Es comprensible sin embargo. Acostumbrados a la dicotomía racial que contrapone a negros y blancos y que ocupa en gran medida las discusiones acerca de la raza en el imaginario nacional, aún falta un largo camino por recorrer para llegar a una manera útil y equitativa de analizar simultáneamente las relaciones entre los tres grupos.

La copiosa literatura indígena tanto académica como creativa desafía, sin embrago, el argumento de que el concepto de región es tan fuerte en Estados Unidos, que todos los grupos se alinean detrás de una u otra sección del país.⁴⁸ Las cuestiones de identidad que preocupan a

⁴⁶ Cobb, James *Away Down South: A History of Southern Identity* (New York: Oxford University Press, 2005), 2-18.

⁴⁷ Ibid, Woodward, *The Burden of Southern History*.

⁴⁸ Ver por ejemplo Deloria, Philip J., *Indians in Unexpected Places* (Lawrence: University Press of Kansas, 2004); Earling, Debra Magpie, "What We See," en *Lewis and Clark through Indian Eyes*, ed. Alvin Jr. Josephy (New York: Knopf, 2006), 24-48; Miheesuah, Devon A., *American Indians: Stereotypes & Realities* (Atlanta,

los escritores indios se relacionan con el problema de la confección de identidades étnicas para pueblos que padecieron la educación etnocéntrica y homogenizadora occidental desde finales del siglo diecinueve, la que prohibió a los estudiantes hablar en sus idiomas tradicionales bajo pena de castigos a menudo severos. Con incontables individuos geográficamente dispersos, la tarea para muchos grupos indígenas es la de recrear sus expresiones culturales particulares, que muy frecuentemente casi han sucumbido a la intervención angloamericana. Estos autores hablan de lo que es ser indio en un mundo no-indio, lo que a menudo llaman la *vida entre dos mundos*, exploran la compleja cuestión de la recreación de una identidad tribal en asentamientos urbanos, e intentan reparar conceptos erróneos que los blancos tienen acerca de pueblos indígenas. Además el reconocimiento de la soberanía de naciones indígenas ocupa un lugar importante en estas discusiones. Históricamente, las estrategias de supervivencia física y cultural son tremadamente variables y van desde la resistencia armada a la asimilación total, y todos los puntos entre los dos extremos. Notablemente, estos autores se preocupan por definir quienes son como pueblos indígenas modernos agregando, incluso, su afiliación tribal junto a sus nombres cuando firman (Lakota Sioux, Pies Negros, Osage, etc.), en lugar de autodefinirse como *seres regionales*.

Sur: Plantaciones, Caballeros y ‘La Noble Causa’

Los que escriben la historia y cultura del sur han usado los movimientos feministas para describir al norte, caracterizándolo como una sociedad afeminada que ha perdido su esencia masculina y valores tradicionales. Como vimos, estos conceptos de feminidad aplicados a los hombres fueron rechazados por la cultura de la revolución, lo que se mantuvo a medida que el territorio nacional se fue expandiendo. El Viejo Sur continuó aferrándose entre otras cosas, a la elevación de la mujer blanca en oposición a *Otras* que eran racialmente hiper-sexualizadas. Se autodefinía además, por sus valores tradicionales neoclasicistas que incluían la esclavitud siguiendo el modelo greco-romano, lo que se puede apreciar visualmente incluso hoy en la arquitectura de las mansiones de las plantaciones, como por ejemplo Monticello, el amado hogar de Jefferson. Sin embargo, dado que los dueños de esclavos eran una minoría (aunque la mayoría de los negros eran esclavos, lo que implica que la riqueza económica de la región se encontraba en manos de unos pocos blancos), gran parte de la población rural del sur estaba constituida por granjeros blancos pobres que muchas veces sólo alquilaban sus pequeños terrenos y seguían una economía de subsistencia. Esta es la cultura *folk* (del alemán gente o pueblo). Aunque el número de plantaciones era reducido dada la extensión de las mismas, éstas llenaban una gran porción del paisaje sureño. Tenían, por lo tanto, una gran presencia y fuerza mitológica. De allí que los mitos acerca de los gentiles caballeros y damas dueños de esclavos que ingenuamente sirven a sus amos con alegría, se perpetúa actualmente en la cultura popular. A pesar de la pobreza y explotación de la región, para el Viejo Sur la guerra civil (de secesión) se peleó para proteger la forma de vida gentil y galana que se asociaba con la región, lo que la retórica bíblica circuló como *La Noble Causa* hasta que hacia finales de la guerra se conoció como *La Causa Perdida*.

Esclavitud negra

GA: Clarity Press, 1998), Moore, Marijo, ed., *Genocide of the Mind: New Native American Writing* (New York: Thunder's Mouth Press/Nation Books, 2003); Revard, Carter "Living in the Holy Land," (Leído en la ceremonia oficial de cierre de *Lewis and Clark National Bicentennial Commemoration: Currents of Change*. Orillas del río Mississippi, St. Louis, MO: Septiembre 23, 2006).

El tema de la identidad negra es complejísimo dado que la mezcla entre africanos, europeos e indios fue siempre tan común. Si bien los contactos inter-étnicos son poco explorados en su tridimensionalidad, existen numerosos indicios de legados inter-culturales. En la cultura sureña, al igual que en muchas culturas indígenas, la preparación y el consumo de alimentos sirven para intensificar la ligazón social forzando tanto lazos de solidaridad como de reciprocidad. Esto no necesariamente caracteriza otras tradiciones culinarias de E.E.U.U. Además, los rastros de elementos indígenas en la cocina *Creole* de Nueva Orleans, que se origina en las plantaciones de esclavos *negros*, son inconfundibles.⁴⁹ De hecho, uno de los personajes históricos más conocidos de la zona, la *reina del vudú* Marie Laveau, no sólo se auto-describía como “una mezcla de sangre negra, india y blanca”, sino que también muchas de las tradiciones rituales del vudú consistían en una argamasa de ritos indios y africanos.⁵⁰

¿A partir de qué elementos, entonces, eligen las personas a qué grupo étnico pertenecen? En las reservas indígenas se pueden ver personas con rasgos indios, europeos, y negros y todos ellos se profesan indios. Por otro lado, muchos de los negros y blancos fuera de las reservas llevan sangre indígena, a menudo sin que la gente lo sepa a menos que se dediquen a indagar en su genealogía familiar. Numerosos afro-americanos han negado, en distintos momentos y por varias razones, su herencia indígena ayudando así “a producir más afro-americanos” que indios.⁵¹ El famoso abolicionista negro Frederick Douglass fue un ejemplo de negación por omisión de su legado cultural indígena en la sociedad esclavista. Todavía hoy, rara vez pensamos en Douglass como indio, en parte debido a que él voluntariamente no daba esta información a menudo, y en parte porque la obsesión norteamericana con el color de la piel tiende a forzar a los individuos dentro de rígidas categorías raciales, artificialmente construidas, que hacen que el *negro* sea más notable.

Cabe aquí remarcar la diferencia entre *identidad*, que es como los individuos buscan autodefinirse, y la *identificación*, que es como los demás definen a los grupos.⁵² La *identificación* juega cierto papel en la construcción de los auto-conceptos colectivos dado que muchas veces es la percepción de ser victimizado de alguna manera (que generalmente incluye la estereotipación), la que lleva a la búsqueda de redes solidarias, de cosas en común, para hacer frente a problemas compartidos. ¿Cuál es el papel de la visibilidad, entonces en el desarrollo de las identidades?

Despojo y traslado

Las tierras continuaron siendo la fuente esencial de la riqueza estadounidense y las presidencias posteriores a las de Jefferson perpetuaron de manera no oficial la política indigenista que él iniciara. Fue el demócrata Andrew Jackson, sin embargo, quien legitimó el despojo y traslado de los indios al firmar el Acta de Remoción de 1830 a partir de la cual, miles de creeks, cherokees y otros murieron en los muchos *Caminos de las Lágrimas* (*Trail of Tears*) hacia el oeste.⁵³ Si bien Jackson fue uno de los más agresivos anti-indigenistas, sus

⁴⁹ New Orleans, fue la ciudad principal del territorio de Louisiana y es hoy la capital del estado del mismo nombre). Para un excelente artículo sobre la mezcla de influencias culturales en la cultura Creole, ver Klein, Sybil, "Louisiana Creole French Culture," en *Creole: The History & Legacy of Louisiana's Free People of Color*, ed. Sybil Kein (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2000), 144-51.

⁵⁰ Rosendale Duggal, Barbara, "Marie Laveau: The Voodoo Queen Repossessed," en *Creole*, 57-78.

⁵¹ Wright, *The Only Land They Knew*, 248-81.

⁵² Hall, Stuart and Paul du Gay (London and Thousand Oaks, CA: Sage Publications, 2005), 2.

⁵³ Ostler, *The Plains Sioux and U.S. Colonialism*, 35-6; Wallace, *Trail*, 50-101.

acciones sólo reflejan los intereses políticos de su época. Sus actitudes hacia los indios, al igual que las de Jefferson, eran ampliamente compartidas por sus coetáneos euro-americanos.

Viéndose victimizados por las políticas gubernamentales y sus desbastadores resultados, los cherokees, choctaws, osages, y creeks del siglo diecinueve eligieron como estrategia de supervivencia, la adopción de muchos rasgos culturales occidentales y se auto profesaron las *naciones [indígenas] civilizadas*, con la esperanza de que esta táctica eliminase la animosidad que los blancos sentían hacia ellos. En la década de 1820, los cherokees crearon un lenguaje escrito, un periódico, aprendieron inglés, adoptaron una Constitución cherokee moldeada a partir de la nacional, y fueron un pueblo agricultor.⁵⁴ Pero luego de haberse encontrado oro en el corazón de la reserva cherokee, aunque Jackson sabía que habían incorporado los "caminos del hombre blanco", el Presidente buscó el apoyo del Congreso para la remoción de la tribu manifestando que:

Me causa placer anunciar al Congreso que la benevolente política del Gobierno, constantemente perseguida durante cerca de treinta años, con relación al traslado de los indios detrás de los asentamientos blancos, se aproxima a una feliz consumación (...) Las consecuencias de un rápido traslado serán importantes para los Estados Unidos, para los estados individuales, y para los mismos indios (...) Ubicará a una densa y civilizada población en anchos territorios del país actualmente ocupados por unos pocos cazadores salvajes. El abrir todo el territorio (...) reforzará de manera incalculable la frontera (...) y proporcionará a los estados (...) fuerza suficiente para repeler una invasión futura sin necesidad de ayuda remota (...) Aliviará a todo el estado de Mississippi, y a la parte occidental de Alabama, de ocupación india, y permitirá a esos estados avanzar rápidamente en población, salud y poder (...) Separará a los indios de su contacto inmediato con los asentamientos de los blancos; liberándolos del poder de los estados; les posibilitará perseguir felicidad en su propia manera, y bajo sus propias toscas instituciones (...) tal vez (...) bajo la protección del gobierno, y a través de la influencia de los buenos consejos, se aparten de sus hábitos salvajes, y se vuelvan una interesante, civilizada, y cristiana comunidad (...) En relación con los aborígenes del país ninguno puede dar rienda suelta a un sentimiento más amistoso que yo mismo, o podría ir más adelante atendiendo a reclamarles por sus hábitos erróneos, y hacerlos un feliz, próspero pueblo.⁵⁵

Actualmente, la experiencia del *Camino de las Lágrimas* forma parte integral de la memoria colectiva de los indios estadounidenses tanto para los que viven en reservas como para los que habitan centros urbanos no-indios.⁵⁶

Norte: ciudades, progreso y “la noble causa”

Así como los sureños percibían la sociedad del norte como afeminada, industrial, urbana y corrupta, el norte identificó al sur como una región extravagante, desidiosa, y

⁵⁴ Calloway, Collin, *First Peoples, a Documentary Survey of American Indian History*, 2nd. ed. ed. (Boston and New York: Bedford/St. Martin, 2004), 209-46.

⁵⁵ Jackson, Andrew, "Address to Congress," in *House Journal* (Washington, D.C.: Library of Congress, December 30, 1830).

⁵⁶ El poeta y profesor universitario osage Carter Revard nos muestra emotivamente esta vivencia en Revard, "Living in the Holy Land."

esclavista. Esta diferencia fue la base de la divergencia regional en la que el norte industrial chocaba con el sur de las plantaciones y los esclavos. Si bien el norte encabezó la emancipación de los esclavos y forzó al sur a otorgarles el voto en la posguerra, no estuvo preparado, sin embargo, para darle a los negros igualdad ni justicia más allá del discurso que incitó a la guerra. De hecho, la igualdad sería un compromiso que debería esperar los resultados de las luchas por los derechos civiles en las décadas de los 1960s y 1970s.

Movimientos poblacionales y la ciudad creciente

En la posguerra, la tecnología, los movimientos de las poblaciones y el crecimiento del capitalismo monopólico transfiguraron rápidamente las zonas urbanas. En las últimas décadas del siglo diecinueve, las ciudades se vieron vertiginosamente transformadas por una verdadera explosión tecnológica que incluía el desarrollo de los trenes subterráneos, el primer tranvía y la instalación de luces eléctricas tanto en lugares públicos como privados. Como indica Sarah Deutsch, estas invenciones fomentaron, a su vez, la progresiva separación de espacios urbanos diseñada para el beneficio de una ciudadanía neutral universal (masculina, blanca y de clase media).⁵⁷ Fenómenos tales como el advenimiento de los suburbios, que demarcaban la separación de las zonas comerciales y residenciales, fueron el resultado de esta concepción espacial separatista. Sobre esta base, los planificadores urbanos fueron delineando la distribución de derechos y privilegios.

Sin embargo, las urbes resistieron este determinismo físico y en cambio, se convirtieron en teatros de las luchas de diversos grupos por obtener voz, reconocimiento y derechos de acceso a las distintas zonas de las ciudades. El paisaje urbano segregacionista que dividía clases, razas, y lo privado de lo público, se convirtió en sitio de negociaciones constantes. La misma representación homogénea del electorado imaginario propuesto por los políticos, escritores y arquitectos ocasionó la exclusión de ciertos grupos creando, de esta manera, los cimientos de desacuerdos raciales, de clase y género. Consecuentemente, las colectividades marginalizadas resistieron la retórica dominante desde el interior de los bordes de la nación en variedad de formas, y compitieron por los recursos en la discordante ciudad moderna.

En el norte, el desarrollo del capitalismo mercantilista y los avances tecnológicos que produjeron innovaciones en los sistemas de transporte y manufactura alimentaron el progreso de la industrialización a raíz de la cual declinó el estatus económico de los artesanos cuyo trabajo fue paulatinamente reemplazado por bienes manufacturados en masa.⁵⁸ La erosión general del trabajo en el hogar y la organización de los barrios en función de la permute de productos comenzaron a desaparecer al tiempo tanto de la explosión de la inmigración como de migraciones domésticas. Al mudarse a las afueras de las ciudades, un pequeño porcentaje de artesanos enriquecidos vieron la oportunidad de dividir las grandes casonas que habían ocupado sus familias y negocios, en muchas habitaciones para alquilarlas baratas a la clase trabajadora, compuesta en gran medida, de inmigrantes europeos (mayormente judíos de Europa oriental y del sur, católicos de Irlanda y, en menor medida, de Alemania) así como afroamericanos provenientes de los estados libres del sur y oeste del país.

Tal como menciona Hazel Carby, ya antes de la Guerra Civil, las ciudades del norte contaban con una vasta población de negros libres dado que los estados del norte habían

⁵⁷ Deutsch, Sarah, *Women and the City: Gender, Space, and Power in Boston, 1870-1940* (Oxford: Oxford University Press, 2000), 285.

⁵⁸ Anbinder, *Five Points*, 14-37. Ver también Trachtenberg, *Incorporation*.

abolido la esclavitud en los comienzos del siglo diecinueve.⁵⁹ Esta población creció con fugitivos que escapaban hacia los estados del norte en busca de libertad con la asistencia de una red de fugas (underground railroad). Después de la guerra, no obstante, muchos negros liberados migraron al norte en grupos más numerosos, estableciendo iglesias, familias y otras redes sociales, así como organizaciones para asistir a los recién llegados. Los historiadores de la inmigración acuerdan que las ciudades del norte y el este experimentaron flujos migratorios mucho más fuertes que los centros urbanos del sur, los que permanecieron rurales hasta 1930.⁶⁰ Aun así, los negros crecientemente migraron también hacia las pocas ciudades del sur, de manera que la nueva presencia urbana de los ex-esclavos causó similares tensiones en todo el país, a raíz de la percepción blanca de una invasión negra. Además de esta importante migración hacia los centros urbanos, la inmigración fue una llave del crecimiento de las ciudades en el siglo diecinueve y para la formación de identidades a partir del desarrollo de sentimientos colectivos de pertenencia. Se estima que en el Estados Unidos pre-bélico, unos cinco millones de inmigrantes representaron el 13% de la población Estadounidense total, y los irlandeses constituyeron el 45,6 % de ese número entre 1841 y 1850.⁶¹

Con una población urbana adquiriendo niveles nunca antes alcanzados, las ciudades confrontaron numerosos desafíos, no solamente en la infraestructura de las ciudades, sino también a moralidad de la clase media y a los valores republicanos de la supremacía blanca. Estos temores produjeron las narraciones góticas urbanas de la época, de las que tal vez las novelas del *Dr. Jekyll y Mr. Hide* y *El Monstruo de Frankenstein* se cuenten entre las más conocidas. Las especulaciones sobre los asesinatos de *Jack el Destripador* llegaron también a crear un notorio mito urbano. Según observa Judith Walkowitz, guiándose por las aprensiones que los cuerpos femeninos, la creciente urbanidad, la pobreza, y el peligro de contagio social causaban, dada la percepción de una nueva presencia de gente *sin moral*, la presentación sensacionalista de la prensa de Londres explotó la proximidad del vecindario de trabajadores inmigrantes donde ocurrieron los asesinatos, Whitechapel, con el distrito comercial y la zona residencial de la clase media.⁶² Basándose en las fantasías victorianas acerca de la ciudad laberinto, las mujeres “de la calle” y el médico loco, las conjecturas acerca del caso tomaron también de los conceptos de la clase media acerca del paisaje irreal de la ciudad. En el imaginario nacional e internacional, la prensa representó a Whitechapel como al centro del vicio: un lugar donde los hombres *respetables* podían acceder a tabernas, baile y sexo.

Más alarmante aún era el hecho que en la multitud urbana las jerarquías de toda índole se confundían, lo que acrecentó aún más la sensación de peligro inminente para la clase dirigente. Los comentaristas del momento movilizaron esta narrativa para proponer de alguna manera, un argumento acerca de la geografía sexual y clasista de la ciudad de manera de reforzar los discursos existentes sobre la necesidad de controlar a las mujeres *respetables* mediante el argumento de la necesidad de proporcionarles *protección*, en el momento en el que estas comenzaban a ingresar a la fuerza laboral en mayor cantidad, a ocupar espacios públicos, a moverse activamente mediante organizaciones de beneficencia, y en general, a hacerse mas visibles en el panorama de las ciudades.

⁵⁹ Carby, Hazel V., "Policing the Black Woman's Body in an Urban Context," *Critical Inquiry*, no. 18 (Summer 1992): 738-55.

⁶⁰ Daniels, Roger, *Coming to America: A History of Immigration and Ethnicity in American Life* (New York City: Harper Collins, 1990).

⁶¹ Ibid, 129.

⁶² Walkowitz, Judith "Jack the Ripper," en *City of Dreadful Delight* (Chicago: University of Chicago Press, 1992), 191-228.

Woodward y otros historiadores del sur, donde la incidencia de la inmigración fue relativamente pequeña, sugieren que los inmigrantes fueron aceptados como blancos.⁶³ Sin embargo, esta premisa simplifica el complejísimo proceso de construcción de *blanquedad* del siglo diecinueve. Los estadounidenses anglosajones percibieron la inmigración masiva como una verdadera confrontación a sus nociones de nación, progreso y civilización, dada la pobreza y cultura *incomprendible* de los inmigrantes campesinos que arribaban. Debemos tomar en cuenta la gran composición irlandesa de la masa inmigratoria dado que, además de competir por trabajos y recursos, el catolicismo de la mayoría irlandesa se contraponía al protestantismo estadounidense, elemento fundamental de la autoimagen *nacional*. La misma lógica religiosa y cultural excluía de las definiciones dominantes de *blanquez* a los recién llegados asiáticos, judíos y católicos de los estados alemanes.⁶⁴ El proceso de *americanización*, es decir, *el blanqueado* se tenía que aprender mediante la incorporación de los conceptos raciales y culturales nacionales.⁶⁵ Regresamos así, por lo tanto, a la noción de la nacionalidad como puesta en escena.

En el distrito de Five Points de la ciudad de Nueva York, por ejemplo, oleadas superimpuestas de inmigrantes irlandeses, italianos, y chinos, contribuyeron en gran medida al proceso urbanizador simultáneo a la introducción diferentes ideas de nacionalidad y respetabilidad.⁶⁶ A estos inmigrantes se les sumaban los afro-americanos, que componían un 15% de la población del área, y los nativos de la clase obrera. Five Points tuvo entonces gran renombre por sus aglomeradas y sucias casuchas, calles cubiertas de basura y desperdicios humanos, prostitución, y alcoholismo. Confrontamientos sangrientos a menudo resultaron de la intensidad con que los católicos y los protestantes buscaron la primacía de sus ideologías respectivas en este distrito tan caracterizado por su pobreza como por la violencia de sus calles. La clase trabajadora católica de Five Points rechazó activamente el intento de organizaciones protestantes que se propusieron imponer sus conceptos de moralidad, familia y del lugar *propio* de las mujeres. Si bien se encontraron sujetos a significativos problemas económicos y sociales, los habitantes del densamente poblado barrio no solo sobrevivieron sino que eventualmente lograron la aceptación de sus formas de vida *diferentes* y proporcionaron a sus hijos una vida mejor y acceso al “sueño americano.”

De cuerpos y fronteras

Como vimos, la consideración del desplazamiento de cuerpos es esencial para una conversación cuidadosa acerca de la formación de identidades dado que este movimiento ocasiona la proximidad física de grupos con agendas divergentes, a menudo creando tensiones y fomentando la competencia. Sin embargo, la manera en que el desplazamiento de fronteras ocasionó enfrentamientos similares también es merecedora de atención. Los investigadores que asuman más estudios de los procesos de autodefinición colectiva dentro de este marco proporcionarán una contribución importante a esta discusión. Este enfoque es de utilidad cuando se consideran los países expansionistas del siglo diecinueve y ciertamente para un Estados Unidos que perseverantemente continuó incorporando territorios, décadas después de la compra de Louisiana a principios de siglo.

⁶³ Woodward, *The Burden of Southern History*, xii-xv.

⁶⁴ Anbinder, *Five Points*.

⁶⁵ Ver también Roediger, David E., *Working Towards Whiteness: How America's Immigrants Became White* (New York: Basic Books, 2005); Trachtenberg, *Shades*.

⁶⁶ Anbinder, *Five Points*.

Con la anexión de los estados del sudoeste a raíz del Tratado de Guadalupe-Hidalgo que marcó la finalización de la Guerra con México en 1848, los angloamericanos pronto trataron de imponer en la región sus concepciones burguesas. Como sugiere George Sanchez, para los mejicano-americanos de Los Angeles, la invención de la identidad mejicano-americana ocurrió al ingresar a los Estados Unidos, ya sea como ciudadanos de los territorios incorporados o posteriormente, como inmigrantes fronterizos.⁶⁷ Esta identidad colectiva se forjó al entrar en contacto con los valores y discursos anglosajones de la nación expansiva en la primera mitad del siglo, o receptora en la segunda mitad y desde entonces. Las adaptaciones culturales resultantes de esta conversación se convirtieron en un sentimiento compartido de comunidad. Si bien el concepto de identidad étnica era fragmentario y encerraba sistemas contradictorios de significado, las herramientas adaptativas proporcionaron cierta fluidez cultural y el desarrollo de una mayor capacidad de afrontar ambigüedades que las que poseían los mejicanos o angloamericanos. La misma identidad colectiva se convirtió en sitio de oportunidades e innovación de manera que tanto padres como hijos adquirieron un *americanismo* ambivalente.

En la ciudad de San Antonio antes, durante y después de la incorporación de Texas a Estados Unidos, los habitantes atravesaron del mismo modo por la experiencia de las ciudadanías mejicana, estadounidense y transitoria. La formación de una nueva identidad se dio de manera similar a lo que se describe para Los Angeles. Según lo expuesto por Timothy Matovina, la nueva frontera política nacional cambió la demografía de San Antonio con el creciente ingreso de “anglos” y alemanes al área y esta nueva población buscó establecer los valores culturales y raciales dominantes de la región.⁶⁸ Pero al mismo tiempo que los ex-mejicanos adoptaron ciertos elementos anglos y participaron con entusiasmo en la vida política de la ciudad, también cimentaron su herencia religiosa y sus estructuras sociales anteriores a tal grado, que de muchas maneras San Antonio continuó siendo una ciudad mejicana dentro de una república eminentemente anglosajona.

En otros casos, en lugar de aportar flexibilidad de adaptación, la experiencia estadounidense redundó en diferencias culturales irreconciliables y los lazos étnicos se convirtieron en refugio para algunas comunidades extranjeras, como vemos en la creación de barrios italianos y chinos en distintas ciudades. En estas instancias los inmigrantes se aferraron fuertemente a sus prácticas y creencias originarias y afianzaron sus lazos étnicos, aún amenazados con marginalización ya que esto les permitió confrontar eficazmente la vida tan terriblemente desconocida de Estados Unidos, como lo ilustra, por ejemplo, el caso de Five Points.

Género, sexualidad y ciudad

El plan de Rush para transformar los *americanos* blancos en republicanos consistía en tres puntos principales: educación, maternidad y medicina. Rush sostenía que la educación convertiría a la población en una masa más homogénea y por lo tanto más fácil de gobernar, pero el adoctrinamiento de los niños en los valores republicanos adecuados debía comenzar en el hogar. La teoría Republicana intentaba normativizar una clara división entre las esferas privada (femenina) y pública (masculina). Los cultos a la *maternidad republicana*, la *verdadera mujer* y la *domesticidad femenina* ataban a las mujeres, ideológica y físicamente, a

⁶⁷ Sanchez, *Becoming Mexican American*.

⁶⁸ Matovina, Timothy M., *Tejano Religion and Ethnicity: San Antonio 1821-1860* (Austin: University of Texas Press, 1995).

la esfera doméstica.⁶⁹ El Estado burgués era la institución normativa mediadora que empujó una ideología del género que servía como instrumento para la exclusión de la clase trabajadora que dependía del salario de las mujeres. Muchas veces eran ellas quienes encabezaban y mantenían a sus familias.

El principio de la madre republicana que identifica Linda Kerber, soldaba el servicio doméstico y el propósito político.⁷⁰ Si bien esta asignación ataba a las mujeres a una vida de renunciamientos, invisibilidad pública y servicio a los demás, la fórmula también las proporcionó un espacio de influencia en el cual desplegar su poder político como madres y esposas mediante la educación y el adoctrinamiento de los futuros ciudadanos. Paradójicamente, el marco ideológico en el que la esfera privada cobró tanta importancia discursiva, fue el mismo que continuó negando a las mujeres y a los grupos racializados el derecho al voto, mientras la nación se encontraba entre las que más vociferantemente profesaba los principios democráticos. Como bien indica Nancy Cott, la mecánica de la ideología de las esferas separadas fue aceptada porque ofrecía a una sociedad que había rechazado los régimenes clasistas europeos, una manera de que el sexo biológico reemplazara a la clase económica como determinantes excluyentes, por lo menos retóricamente, al tiempo que apaciguaba a aquellos que exigían el *orden social*.⁷¹

Sin embargo, las realidades de la vida urbana no permitirían el fácil acomodamiento de los principios de domesticidad republicanos que ataban las mujeres a sus hogares-refugio. Los grupos que no compartían los valores sociales y morales de la clase media blanca realinearon la ideología de las esferas separadas, desafiando así, la autoridad, distribución espacial y legitimación de la clase dominante. En respuesta a la gran cantidad de mujeres solteras que se asentaban cada vez más en los centros urbanos de la posguerra, emergió progresivamente un discurso acerca de los *peligros* que la ciudad implicaba para las mujeres, como vimos, ya que esta nueva presencia femenina ponía en tela de juicio la ideología de las esferas separadas. Según este discurso, las jóvenes que se mudaban a las ciudades en búsqueda de mejores oportunidades económicas se convertirían en víctimas vulnerables de negativas tentaciones de todo tipo. Estigmatizando la presencia de las mujeres en las calles, las clases dirigentes apoyaron regímenes regulatorios y la vigilancia policial de las prostitutas, sujetando así a todas las mujeres trabajadoras a la sospecha social, la encarcelación, y humillantes revisiones médicas.⁷² La prostitución se convirtió en metáfora de la modernidad urbana, asociando los peligros de contagio venéreo y moral con la proximidad de los cuerpos que se mezclaban en la desordenada y confusa ciudad. Aunque no lograron excluir de los distritos comerciales y manufactureros a las mujeres, el diseño y desarrollo de los suburbios fueron más efectivos en el aislamiento de las mujeres de clase media, especialmente las jóvenes solteras en *edad de merecer*.

⁶⁹ Nancy Cott y Barbara Welter desarrollan el concepto de la domesticidad femenina, el culto de la “mujeridad” y las esferas separadas en Cott, Nancy F., *The Bonds of Womanhood: Women’s Sphere in New England 1780-1835* (New Haven: Yale University Press, 1977); Welter, Barbara, “The Cult of True Womanhood: 1820-1860 (1966),” en *Locating American Studies: The Evolution of a Discipline*, ed. Lucy Maddox (Baltimore and London: The John Hopkins University Press, 1999), 43-70.

⁷⁰ Kerber, Linda, *No Constitutional Right to Be Ladies: Women and the Obligations of Citizenship* (New York: Hill and Wang, 2000); Kerber, “The Republican Mother: Women and the Enlightenment—an American Perspective,” en *Locating American Studies*, 143-65.

⁷¹ Cott, *Bonds of Womanhood*, 98.

⁷² Carby, “Policing the Black Woman.” Ver también Lefkowitz Horowitz, Helen, *Rereading Sex: Battles over Sexual Knowledge and Suppression in Nineteenth-Century America* (New York: Knopf, 2002).

En contraste con la situación de la población femenina, los hombres no dejaron de gozar de la libertad de moverse por cualquier parte de la ciudad, y de consumir y poseer mediante este consumo, el espectáculo de las ciudades vibrantes que resplandecían llenas de vida. En esto consistía la existencia del mitológico *Flâneur*, quien personificaba la mirada masculina y cuya actividad visual excluía a las mujeres ya que la incorporación de la mundana urbanidad a través de los ojos no era considerada apta para la sensibilidad femenina.⁷³ Como indica Walter Benjamin, el *Flâneur* era el arquetipo de la modernidad. Este personaje imaginario es el que pasea, mezcla de bohemio y vagabundo, caminando por las calles de la metrópolis en un aislamiento auto-impuesto. Incómodo consigo mismo, se detiene aquí y allá para observar pero sin llegar jamás a participar de la vida de la ciudad. La suya es una nueva manera de ver: la de mirar a la gente en *exposición*. La creación de este personaje ficticio de la modernidad en realidad expresaba la sensación de amenaza que la fisicalidad de las mujeres en las calles de la ciudad provocaba al sentido colectivo de masculinidad. La concepción dominante del género, la metrópolis creciente y la sexualidad femenina patologizaron tanto la presencia en público de las mujeres negras como de las blancas. Dado que consideraban a las mujeres (especialmente las racializadas ya fueran negras, indias, europeas o asiáticas) como causantes de las tentaciones carnales de los hombres, existía la percepción de que ellas constituían un peligro social semejante al expuesto por las prostitutas que representaron las narrativas sensacionalistas sobre Jack el Destripador.

El incremento en el número de mujeres negras en la ciudad causó lo que Hazle Carby describe como un verdadero *pánico moral*, no sólo porque se agregaban al creciente número de mujeres que se veían en público, sino también por la ideología racial que asociaba a los negros con la sexualidad animal.⁷⁴ Con la intención de guiar y a la vez controlar a las mujeres solteras se creó un sistema de control institucionalizado para disciplinar a las jóvenes negras. El sistema incluía escuelas de entrenamiento, cárceles, agencias municipales, y organizaciones administradas por mujeres negras y blancas. El creciente control policial y disciplinario coincidió con la crisis más general de desplazamiento social que fuera causada por la gran migración a las urbes. Para la clase negra media urbana que estuvo luchando para establecerse y conquistar un espacio de respetabilidad en la ciudad, el entrenamiento de la joven mujer negra en las habilidades domésticas aseguraba una fuente de trabajadoras baratas para la clase media blanca, trabajo *respetable* para las jóvenes negras y, relaciones interraciales afables para las mujeres negras de la clase media, quienes actuaron como profesoras y matronas de la virtud y del entrenamiento doméstico de las jóvenes.

Entre los inmigrantes irlandeses que ingresaron a Estados Unidos como resultado de la destrucción de cosechas a raíz de una enfermedad bacteriana en la papa a finales de la década de 1840, las mujeres eran una mayoría, lo que también contribuyó a la *otrificación* de los irlandeses de la clase trabajadora.⁷⁵ Esta composición del género era paralela a la situación en Irlanda a raíz del éxodo de hombres hambrientos en búsqueda de trabajo en el extranjero y de la alta tasa de mortandad de la población en general. Este cambio demográfico produjo una reestructuración de la familia, no solamente en Irlanda, sino también en las comunidades irlandesas de la nación adoptada, que se habían ubicado mayormente en el norte urbano.

⁷³ Wilson, Elizabeth, "The Invisible Flâneur," *New Left Review*, no. 195 (1992): 90-110. Ver Benjamin, Walter Benjamin, *Charles Baudelaire: A Lyric Poet in the Era of High Capitalism*, trans. Harry Zohn (New York: Verso, 1997).

⁷⁴ Carby, "Policing the Black Woman."

⁷⁵ Diner, Hasia R., *Erin's Daughters in America: Irish Women in the Nineteenth Century* (London: John Hopkins University Press, 1983).

En Boston la ciudad mantuvo una mayoría femenina general durante toda la segunda mitad del siglo diecinueve. Las bostonianas componían un tercio de la fuerza laboral de la progresivamente segregada ciudad.⁷⁶ Al igual que en Five Points, los inmigrantes empobrecidos se amontonaron en sótanos y casuchas insalubres. Las casas convertidas en alojamiento aglutinado de múltiples familias, a veces dentro de la misma habitación, se multiplicaron a gran velocidad durante este período. Algunas trabajadoras sociales (mujeres blancas de clase media) juntaron sus recursos para comprar casas en los vecindarios pobres y vivieron en ellas para poder de esa manera llevar valores morales y educación a esos distritos, y así *elevar* a los pobres. Por un lado esto se oponía a la ideología de las esferas separadas: estas mujeres no vivían dentro del resguardo del hogar familiar ni en las áreas *respectables* para la gente pudiente; eran jóvenes que *trabajaban* y además su labor se realizaba en gran medida desde sus hogares. Por el otro lado, de alguna manera estas mujeres siguieron la ideología del género que mantenía que las mujeres, por virtud de su sexo, eran las que traían la luz, virtud y paz mientras que los horrorosos hombres se peleaban y competían en el duro mundo de la industria y de la política.⁷⁷ No obstante, este trabajo era una forma de subversión de la filosofía republicana de espacios y funciones sociales ya que las trabajadoras de clase media estaban trasgrediendo la geografía sexual urbana al aventurarse dentro de las zonas diseñadas para excluirlas de la vida pública. Estas infracciones ponían en peligro su estatus de damas: las infractoras arriesgaban ser confundidas con las *otras mujeres de la calle*, corriendo también el riesgo de ser *contaminadas* al ingresar a los barrios de los trabajadores.

Con mayor frecuencia, las mujeres comenzaron a trabajar fuera de sus hogares y a frecuentar las calles en sus momentos de ocio, visitando las tiendas por departamentos, cafés, parques y matinées. Pero como indica Deutsch, también en Boston, a pesar de los intentos de reforma de los pobres por parte de las mujeres de la élite y clase media (y protestante), las trabajadoras de todas las etnidades rechazaron los intentos de imposición de los valores morales y de domesticidad de la clase dirigente dado que las experiencias urbanas de la clase obrera incluían el jornal, una variedad de creencias religiosas, y familias que frecuentemente carecían de una cabecera masculina. En cambio, las mujeres de la clase trabajadora establecieron redes de apoyo y solidaridad y reclamaron cambios en la estructura urbana para acomodar guarderías infantiles y otros servicios que eventualmente ocasionaron una reconceptualización de la ciudad.

En muchas ciudades del todo el país las mujeres de la clase media afectaron los centros urbanos de maneras más sutiles pero que igualmente tuvieron una cara pública y una presencia física en las ciudades, mediante la formación de organizaciones como el WYCA, el Ejército de Salvación y otras. En la posguerra estas organizaciones ofrecieron además habitaciones temporarias a los negros sureños que migraron hacia el norte y a mujeres pobres que también se desplazaban desde los campos a las ciudades. Todas estas mujeres, de alguna manera, buscaron una nueva identidad urbana. Las organizaciones de mujeres sirvieron como sitios transitorios y de apoyo solidario para las nuevas mujeres de la ciudad, y contribuyeron a escenarios donde las recién llegadas aprenderían lo necesario para convertirse en *americanas urbanas*. Estos sitios, los que Daphne Spain denomina “espacios redentores”, fueron además, lugares donde se congregaban mujeres de diversas clases sociales, razas y culturas y donde se discutían temas políticos, económicos, y prácticos tales como la moralidad, fuentes de trabajo, derechos femeninos, etc.⁷⁸ Algunas veces esto sirvió para explorar divergencias y otras, para encontrar puntos compartidos como ser el interés por la limpieza municipal y asistencia a los

⁷⁶ Deutsch, *Women and the City*.

⁷⁷ Ibid., 288.

⁷⁸ Spain, Daphne, *How Women Saved the City* (Indianapolis: University of Minnesota Press, 2001).

viajeros. Es decir, los *espacios redentores* funcionaron de alguna manera, como campos donde estas mujeres, tan diferentes entre si, ensayaron el ejercicio político. Si bien las interpretaciones de estas organizaciones y actividades femeninas de Spain en el marco de la palabra divina socializada es debatible, su enfoque es útil desde que expone la intersección entre lo cívico y lo religioso que forma una parte tan importante de la cultura política en Estados Unidos, lo que algunos han denominado la *religión cívica* de la nación.

El reto a las jerarquías del género fue acentuado por un movimiento feminista, cada vez más fuerte, que luchó por conseguir el derecho al voto y otros privilegios políticos. Sumándose a este movimiento algo más militante pero utilizando estrategias diferentes y, de última, con metas que se contraponían a las de las feministas políticas, el movimiento al que Dolores Hayden denomina las *feministas materialistas* se movilizó para conseguir la aceptación de una reestructuración de las esferas de los géneros separados.⁷⁹ Las feministas materialistas rechazaron la concepción patriarcal de la esfera femenina como lugar de refugio, paz e iluminación. Para las mujeres de clase media, quienes teóricamente gobernaban sobre las esferas domésticas, el hogar era su lugar de trabajo, el que se había tornado cada vez más pesado desde que la mecanización del trabajo durante la revolución industrial había reemplazado la labor doméstica compartida por toda la familia. Las feministas materialistas reconocieron la explotación económica de las mujeres, exigieron remuneración por sus servicios en el hogar y la socialización de su trabajo. Contrariaron así dos características del capitalismo industrial: la separación económica de las economías doméstica y política y la separación física entre la casa y el trabajo.⁸⁰ Para superar los patrones urbanos que tendían a aislar las mujeres en sus hogares y limitar su acceso a espacios públicos, las feministas materialistas desarrollaron nuevas organizaciones de vecinos, nuevos diseños arquitectónicos que proveían espacios más prácticos en los hogares, crearon guarderías, comedores comunes, lavanderías, y departamentos sin cocina. De esta manera, lograron asumir control de su sistema laboral, convirtiendo las tradicionales tareas femeninas en trabajo social visible y remunerado.

A manera de conclusión

Llego aquí a tres observaciones metodológicas. Primero, vemos que las ciudades sirven como fructíferos casos de estudio para el análisis de procesos socio-étnicos ya que el limitado espacio de las urbes obliga a un mayor contacto entre los diversos grupos que las ocupan. Dado que su desarrollo coincidió con el capitalismo industrial y la revolución tecnológica, las ciudades de fines del siglo diecinueve permiten explorar preguntas interesantes y utilísimas sobre la formación de identidades en el marco de la modernidad: ¿Cómo se desplazan las personas y los grupos por los espacios de las ciudades? ¿Qué rol juega la geografía urbana en la lucha de grupos diversos por acceso a, transformación de, y movimiento a través, de estos espacios? ¿Cómo interviene la comoditización en la distribución del poder y de derechos en las ciudades modernas? ¿Quiénes están autorizados a transitar y ocupar ciertos espacios y porqué? ¿Cuál es el papel de la visibilidad de los *Otros* en la formación de identidades? ¿De qué manera informan, las estructuras de poder existentes, el discurso acerca de la *seguridad*, el *peligro* y el *contagio*? ¿A quiénes *protege* y quienes se benefician mediante esta retórica?

⁷⁹ Hayden, Dolores, *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities* (Cambridge & London: MIT Press, 1981).

⁸⁰ Ibid.

En segundo lugar, la manera en que se arma y utiliza el discurso separatista, como vimos en el caso del enfoque segregacionista de la disciplina histórica en lo referente al desarrollo legislativo para organizar territorios, es un indicio del punto al cual, incluso a nivel académico, se continúan perpetuando las mismas políticas de “dividir y conquistar”. Esto es lo que Tara McPherson denomina *lógica lenticular* que es “un esquema mediante el cual las historias o imágenes que en realidad están co-presentes se presentan (estructuralmente, ideológicamente) de manera tal, que sólo una de las imágenes se puede dilucidar en cualquier momento dado”.⁸¹ Claramente, la especialización es necesaria para poder profundizar en los diversos temas, pero no se debe dejar de lado la visión general que es la única que permite una comprensión de cómo los procesos se relacionan entre si, para poder construir una historia más compleja y menos monolítica.

Finalmente, si bien sabemos que la raza es una construcción discursiva e histórica, como lo son por ejemplo, el género, la enfermedad, la moralidad o la sexualidad, hemos visto cómo, en Estados Unidos, ha jugado un papel fundamental en la retórica de inclusión y exclusión, escondiendo a menudo problemas, ansiedades y motivaciones subyacentes, que son frecuentemente comprimidas bajo la conveniente etiqueta de *problemas raciales*. Así, la discursiva sobre *la raza* sigue ocupando un lugar central en una nación tan llena de promesa como de aprensiones: temor a la diferencia, al progreso social y tecnológico, a la igualdad, a la revolución, a la solidaridad o a cualquier elemento que ponga en riesgo la integridad del mitológico orden social, construyendo lo que David Roediger denomina “dinámica de raza y temor.”⁸²

El tema de este trabajo tiene importancia para cualquier país desde dos puntos de vista. Uno es el valor comparativo que puede, como guía, aportar enfoques analíticos que permitan explorar la historia y cultura de otros países y ser aplicables al contexto nacional de cualquier estado, como ser la categoría del flâneur, o el estudio más detallado de las ciudades o de la legislación en el marco de la creación e innovación de identidades colectivas. Por otro lado, dada la presencia económica, política y cultural de Estados Unidos a nivel continental y mundial, resulta interesante conocer los elementos básicos subyacentes en la cultura e historia estadounidenses para poder discernir mejor la naturaleza de las relaciones entre los países y los principios que guían las políticas neocolonialistas en la actualidad.

En función de aclarar la idea planteada en la hipótesis inicial explicada en la introducción, y aun a riesgo de ser reiterativa, quiero señalar que en este artículo he buscado entablar una conversación sobre la interacción del *yo* nacional fomentado por políticos y productores culturales, y el complejísimo ejercicio de identificación de aspectos tanto distintivos como comunes que hacen a la formación de identidades colectivas dentro del marco de la nación. Vimos también que el concepto mismo de nación es complejo ya que la nación representa cosas diferentes para distintos grupos de gente. Por lo tanto, si bien se puede hablar de identidades nacionales, esta idea tiene un número casi ilimitado de significados, dependiendo de la posición del sujeto dentro de las estructuras socioculturales del país. Por ejemplo, los blancos inventaron el concepto de *nación indígena* al agrupar diversas tribus dentro de espacios determinados, para manipularlos mejor y nombrar “un jefe” que hablara por los demás. Esto demostraba el desconocimiento angloamericano de la organización social indígena, que a menudo no contaba con gobiernos centralizados. La estrategia facilitaba, sin embargo, el discurso de que al firmar un tratado se actuaba en

⁸¹ McPherson, Tara, *Reconstructing Dixie: Race, Gender, and Nostalgia in the Imagined South* (Durham, N. C: Duke University Press, 2003), 7.

⁸² Roediger, *Working Towards Whiteness*.

nombre del *pueblo indio*. Hoy en día, las naciones indígenas se encuentran renovadamente fortalecidas, como lo ilustra el caso de la nación Osage, cuya soberanía finalmente se materializara a fines del 2004 mediante la firma de un acta del Congreso y del Presidente George Bush.⁸³ No obstante los osages continúan, en cierta forma, en estado de dependencia de la nación federal de manera que en este momento gozan casi de ciudadanía doble, y se encuentran en pleno proceso de reconstruir su historia, regenerar su idioma casi perdido y solidificar su identidad osage, india, y estadounidense.

Vemos entonces que, así como detrás de la construcción de la casa, la creación del Estado sigue un modelo que responde a una cosmovisión y simbología determinadas. En este proceso participan diferentes actores (individuales, grupales, institucionales), estableciéndose un diálogo social en el que las distintas voces que intervienen (indios, blancos, negros, mujeres, hombres, inmigrantes, etc.), esgrimen su propio discurso construyendo la trama de la intertextualidad que, en última instancia, se encaminará hacia el intento de forjarse un espacio y una experiencia propia dentro de esta abstracción que constituye la nación ideal. Sin embargo, sincrónicamente a los intentos de dibujar ciertas estructuras nacionalistas para controlar grupos diversos y realizar la distribución de poder y recursos, cada colectividad forja su identidad y memoria colectiva independientes creando, así, experiencias variadas de lo que es la nación.

Resalta entonces el grado de complejidad del proceso de formación de identidades colectivas. Pese a que la tendencia fue cambiando a partir de las luchas por los derechos civiles en el siglo veinte, los afro-americanos del siglo diecinueve se reconocieron como grupo étnico marcado por la esclavitud y sus experiencias urbanas de la posguerra civil. Las feministas a menudo se dividieron entre los intereses de mujeres de diversas etnidades y los indios se auto-definieron como “pueblo” o tribu. A menudo, el gobierno agrupó tribus diversas e incluso enemigas, dentro de una misma reserva hasta que eventualmente ellos mismos se reconocieron como sioux, cherokee, etc., todos ellos exhibiendo cicatrices causadas por la expropiación de tierras y sus formas de vida tradicionales, y por el traslado y encierro dentro de reservas federales.

Mientras tanto el desplazamiento de fronteras a medida que avanzaba la expansión de la nación-estado, forzó a distintos grupos a construir identidades que a veces eran sincréticas, como en el caso de Nueva Orleans que fue primero indígena, después española, luego francesa, y más tarde anglo-africana. Los grupos fronterizos vivieron experiencias similares a aquellos que habían migrado por la guerra o dispersión forzada por el gobierno federal. Las fuerzas expansionistas y de consolidación nacional se entrelazaron fluidamente para crear y modificar continuamente, identidades nacionales, regionales, y étnicas. Como resultado de estos intercambios, distintos grupos construyeron memorias y experiencias nacionales de maneras diversas. A veces, las colectividades se despojaron de un sentimiento nacional y adoptaron otro con relativa agilidad. Otras, reforzaron los lazos que les permitieron mantener su identidad grupal hasta el día de hoy a pesar del desplazamiento físico, la dispersión del grupo, y la incorporación de una identidad nacional adicional. Siempre, estos procesos fueron –y continúan siendo –negociados y reevaluados.

⁸³ 108th. Congress. *An Act to Reaffirm the Inherent Sovereign Rights of the Osage Tribe to Determine Its Membership and Form of Government or P.L. 108-431, 118 U.S.C. § 2609. P.L. 108-431.*

¿La Casa Dividida? Dinámica de los Procesos de Construcción de Identidades Nacionales

Abstract

Este trabajo se aleja de la noción de identidad nacional como un concepto fijo, asumiendo a todas las identidades colectivas como procesos *palimpsesticos*. En los EE.UU. del siglo diecinueve, los proyectos comerciales, de control poblacional, y de planificación nacional, constituyeron estímulos importantes para la formación de estas identidades. Durante el diseño de la legislación, economía, distribución del poder, y lugar en el mercado mundial, la creación de una identidad nacional pasó a ser fundamental para los diseñadores del estado. Las fuerzas de expansión territorial, urbanización, inmigración, remoción Indígena, guerras civiles, emancipación de los esclavos, y subversión al patriarcado se entrelazaron fluidamente para crear y modificar continuamente, identidades nacionales, regionales, de género y étnicas. Como resultado de estos intercambios, distintos grupos construyeron memorias y experiencias nacionales de maneras diversas. A veces, las comunidades se despojaron de un sentimiento nacional y adoptaron otro con relativa agilidad. Otras, reforzaron los lazos que les permitieron mantener su identidad grupal de manera más o menos estable hasta el día de hoy a pesar del traslado físico, la dispersión del grupo, y la incorporación de una identidad nacional adicional. En todos los casos, estos procesos fueron –y continúan siendo – negociados y reescritos.

Palabras Claves: Nación, Migración, Identidad, Memoria colectiva

M. Clara Núñez Regueiro

The House Divided? Dynamics of the National Identity Construction Processes

Abstract

This article rejects the notion of national identity as a fixed concept. Instead, it assumes all collective identities as *palimpsestic* processes. In the nineteenth-century United States, population control, commercial, and nation-planning projects constituted important stimuli for the formation of these identities. Alongside the design of the nation's legislation, economy, power distribution, and place in the world market, the creation of a national identity became paramount. Territorial expansion, urbanization, immigration, Indian removal, civil wars, slave emancipation, and subversion to patriarchy, fluidly intertwined thus creating and constantly reshaping, national, regional, gender, and ethnic identities. As a result of these exchanges, different groups built national experiences and memories in diverse ways. Sometimes communities were stripped of any national feeling and adopted a new nation with relative agility. Others reinforced ties that allowed them to maintain their group identity more or less intact to this day despite their physical removal, the dispersion of the group, or the incorporation of a new national identity. In all cases, these processes were –and remain – negotiated and constantly re-written.

Key- words: Nation, Migration, Identity, Collective memory